

Islamabad, 21 de Octubre de 2001

LEONES Y PRINCESAS

Asilo para los fugitivos, hospitalidad y venganza son la base del código del honor patán, que es lo que ha conducido a Afganistán a la presente situación.

Osama Ben Laden -como todos los delincuentes de Paquistán- sabe que no tiene problema en Afganistán porque la ley patana prohíbe retirar el asilo ofrecido. El invitado sólo se irá *de motu proprio*, cuando él decida. Un patán jamás va a desdecirse de su invitación, ni de la palabra dada. Aunque todos sabemos que son muchos los talibanes que desean que Ben Laden "quiera" irse.

Esta entereza de los patanes también se refleja en la vida profesional, lo cual les ha granjeado gran respeto en esta zona del mundo por cumplidores, serios y fiables... Así tienen cuasi monopolizado el gremio de conductores de camiones, importantísimo en este país. Siempre se recurre a ellos para los trabajos de mayor responsabilidad o que requieran mayor resistencia e iniciativa.

También su entereza les ha hecho administradores del "jundi", sistema de pago y transporte de dinero basado en la oralidad, sin ningún documento de por medio, pero efficacísimo: si se necesita dinero en Madrid, la suma elegida se entrega, en rupias, a un patán tratante en "jundi" en cualquier ciudad de Paquistán o Afganistán y éste da a cambio medio billete de una rupia (3,5 pesetas). Cuando el viajero llega a su destino, se dirige a las señas que le ha facilitado el cambista, generalmente una tienda de alfombras orientales, enseña el billete cortado y le entregan el dinero con mejor cambio que los bancos. Sólo le ha costado algo más que una llamada telefónica. Este sistema no es específicamente patán. Se practica por toda Asia pero, en esta zona, es asunto de los patanes, cuya palabra tiene el valor del oro, como la de los arrieros maragatos, en su tiempo, en España.

Los patanes infunden mucho respeto por aquí, por su formalidad en los negocios y por su ferocidad en cuestiones de honor. Quizá por esta razón el sentir popular hace chistes, tal vez envidioso de sus éxitos económicos y profesionales, cebándose en su tosquedad y eficacia, sin freno: el rey de Peshawar recibe como presente de parte de un maharajá indio un león enjaulado. Manda al pregonero anunciar que quienquiera que sea capaz de vencer al león en combate sin armas, se casará con su hija, la princesa, beldad peregrina. Un joven patán de la salvaje zona tribal lo oye y se presenta al certamen. Penetra valerosamente en la jaula. Nube de polvo y zurriagazos. Sale de la jaula con el traje hecho jirones y dice: "Ya he violado al león, ¿dónde está ahora la princesa que tengo que matar?".